

Pr. R.M. McCheyne
Lectura: Ezequiel 37:1-14

Salterios:

Primer: 227:1-3

Segundo: 187:1-4

Tercer: 124:1-5

Cuarto: 221:1-3

Último: 83:1-3

Texto: Ezequiel 37:2-3

“Y me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera.

Y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor Jehová, tú lo sabes.”

Introducción.

En su juventud el profeta Ezequiel había sido testigo de asedios y batallas; él mismo había experimentado muchos de los horrores de la guerra; y parece que todo ello lo había afectado mucho en su carácter, de modo que sus profecías, mucho más que las de otros, estaban llenas de tremendas imágenes y visiones de cosas terribles. En nuestro texto tenemos la descripción de una visión que, por su grandeza y terrible sublimidad, quizás no tiene igual en ninguna otra parte de la Biblia.

En nuestro capítulo se describe a sí mismo como puesto por Dios en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Aparentemente este valle había sido lugar de una gran batalla, donde miles de miles de hombres habían sido matados, y no quedaba nadie para enterrarlos.

Las águilas muchas veces se habían juntado sobre los cadáveres, y ninguna las ahuyentaba; los lobos de los montes habían comido la carne de estos valientes, y bebido la sangre de estos príncipes. Las lluvias del cielo los habían blanqueado, los vientos que suspiraban sobre el valle los habían dejado desnudos; y durante muchos veranos el sol brillante había blanqueado y secado los huesos.

Y mientras el profeta daba vueltas y más vueltas para ver la sombría escena, estos dos pensamientos surgieron en su mente: “He aquí, son muchísimos; y he aquí, están muy secos.”

Si el lugar no hubiera sido un valle abierto, muy probablemente el profeta pensaría que había llegado a algún gran cementerio, como el de toda una ciudad que, por algún choque de la

naturaleza como una fuerte tormenta, todo se había hecho desnudo a sus ojos; como si una mano violenta hubiera sacado todos los huesos momificados de los egipcios, y en un momento los hubiera tirado en medio del campo para que se blanquearan y se sacaran bajo el calor del sol de verano. ¡Cuán expresivas son las breves palabras del vidente: “He aquí, son muchísimos; y he aquí, ¡están muy secos!”

Sin duda había un silencio espantoso encima de esta escena de desolación y muerte; sin embargo, la voz de su guía celestial de repente entra a su oído: “Hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos?”

¡Qué rara pregunta para dar acerca de huesos secos y muertos! Cuando Jesucristo habló de la muchacha muerta en Lucas 8:52

“no está muerta, sino que duerme”,

Se burlaban de él. Pero aquí en la visión no tenemos cuerpos recién muertos, sino huesos, huesos secos y blanqueados. Ni siquiera eran esqueletos, porque se había separado hueso de hueso. Y todavía Dios le pregunta a Ezequiel, “¿Pueden vivir estos huesos?”

Si lo hubiera preguntado al mundo, se habrían reído y burlado aún más fuerte. Pero no lo preguntó al mundo, sino a uno que, aunque una vez muerte, ahora vivía por el poder de Dios. Y este hombre de fe le respondió a Dios: “Oh Señor Jehová, tú lo sabes.” No pueden vivir de sí mismos, son muy secos y muertos. Sin embargo, si pones tu Espíritu de vida en ellos, vivirán. Así que, solo tú lo sabes.

Recibiendo esta respuesta de fe del profeta, Dios le pide que profetice sobre estos huesos, y decirles:

“Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová.”

Si el profeta hubiera caminado por vista, y no por fe, habría dudado, por incredulidad, de la promesa de Dios. Si hubiera sido un adorador de la razón, habría argumentado: “Estos huesos no tienen oídos para oír, ¿por qué debo predicarles entonces, “Oíd palabra de Jehová”? Pero no, él creyó en Dios más que en sí mismo. Había aprendido algo de la *supereminente grandeza de su poder* y por lo tanto obedeció, vs 7

“Profeticé, pues, como me fue mandado.”

Si la escena que Ezequiel vio primera fue lúgubre y desolada, la escena que ahora se abrió ante sus ojos fue aún más lúgubre, más terriblemente repugnante aún, vs 7-8:

“y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu.”

Si antes era una vista espantosa ver el valle lleno de huesos, todos limpiados y blanquecidos por las lluvias y los vientos, cuánto más espantosa ahora, ver a estos muertos, hueso unido a su hueso, tendones, carne, y piel encima de ellos, ¡pero sin aliento en ellos!

Aquí de verdad un campo de batalla de una guerra terrible, miles de muertos insepultos, masas de carne muerta, frías, e inmóviles, listas solo para pudrirse, cada mano rígida, cada pecho sin palpitir, cada ojo vidrioso y sin vida, cada lengua fría y silencioso como la tumba.

Pero otra vez viene la voz de Dios entrando en el oído del profeta, vs 9:

“Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.”

Antes, Ezequiel profetizó a los huesos muertos y secos, una grande congregación sin vida. Pero ahora él levanta su cabeza y su ojo porque su palabra será al Espíritu vivo de Dios. La incredulidad podría haber susurrado en su oído “¿A quién vas a profetizar ahora?” Razón podría haber argumentado: “¿Qué sentido hay en hablar al viento o espíritu no visto?” Porque leemos en la Biblia que el mundo no puede recibir el Espíritu porque no le ve, ni le conoce. Pero el no dudó por incredulidad, sino obedeció la voz de su Señor, vs 10:

“Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo.”

La primera aplicación de esta visión se refiere a la restauración de los judíos:

1. Nos enseña en primer lugar que ellos actualmente son como huesos secos en un valle abierto, muchísimos, y por cierto muy secos, sin vida alguna para Dios.
2. Nos enseña que la predicación de Jesús, aunque locura para el mundo, combinado con oración ferviente al Espíritu, serán los medios de su eventual despertar para salvación y nueva vida.
3. Nos enseña que eventualmente Dios va a usar estos medios en cumplimiento de esta promesa, y que ellos también serán nuevamente un “ejército grande en extremo” para la gloria de Dios, como leemos también en Romanos 11:26:

“Y luego todo Israel será salvo, como está escrito...”

Sin embargo, hay para nosotros una aplicación más importante, más adecuada, y se refiere a las almas inconversas entre nosotros y nuestras familias. Consideramos la visión desde esta perspectiva:

Tema: La visión de los huesos secos

1. Almas inconversas son como los huesos secos -muchísimas, y secas en gran manera.
2. La predicación es el instrumento de Dios para despertar a los inconversos.
3. Se debe añadir la oración a la predicación, o, si no, en vano es la predicación.

Primer pensamiento. Almas inconversas son como los huesos secos -muchísimas, y secas en gran manera.

Muchísimas. -Cuando un alma primeramente es traída a Jesucristo, empieza a disfrutar de una paz al creer que nunca había experimentado o conocido. Y no es solo eso, sino que es vivificado de una muerte debida a su pecado y transgresión a una vida que antes no había conocido; ahora conoce la gran bendición de vivir para la gloria de Dios.

Sin embargo, a pesar de todo este gozo, hay un sentimiento de fuerte soledad; cuando empieza a mirar alrededor de él en el mundo, se siente como Ezequiel, en medio de un valle lleno de huesos secos. Él mismo vive, pero este mundo, antes su gozo e ídolo, ahora parece como algún campo de batalla, donde los restos muertos de aquellos que una vez vivieron ahora yacían por todo lado. Se siente soltero en un mundo de muerte.

Se identifica ahora con el profeta Elías cuando en 1 Reyes 19:14 fue al monte de Dios con la queja:

“han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado.”

Se siente como el apóstol Pablo describe en Filipenses 2:14-16

“hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo;”

Se siente como una luz parpadeante y tenue, en medio de las tinieblas densas, cuyo aceite es proveído por gracia de arriba, pero cuyos rayos solo hacen más visible la oscuridad.

Se siente como Pablo en Atenas, porque su espíritu se enardece viendo el mundo entregado a la idolatría.

Entiende a Juan cuando en 1 Juan 5:19 él dijo esas palabras tan bonitas, y tan tristes:

“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.”

Oh, al ojo sensual que mundo tan bello y vivo tenemos con todos sus mercados y tiendas, sus empresas y negocios, sus oportunidades, su alegría. Pero al ojo de la fe, que mundo tan solitario, porque *el mundo entero está bajo el maligno*.

¿No es así, hermanos creyentes? ¿No es como Egipto en aquella noche pésima, cuando se oía un clamor en cada morada, porque no había casa donde no hubiera fallecido alguno bajo la décima plaga? ¡Ay! Es aún peor, porque en aquellas moradas hubo un llanto, y ahora hay muchas almas muertas, y todavía no hay llanto.

Consideren sus propias familias, consideren las familias de sus vecinos, consideren esta ciudad; ¿no son la mayoría almas muertas? La mayoría son huesos secos y muertos.

Consideren también la iglesia cristiana. Consideren todas las personas que llevan el nombre cristiano, que asisten en los cultos y sacramentos en las diferentes iglesias. Hermanos, ¿no es como leemos de Sardis, que tienen un nombre de que viven, y están muerto?

¿No es que la gran mayoría no muestran amor por los hermanos? Y, ¿Qué leemos en la Escritura? 1 Juan 3:14b:

“El que no ama a su hermano, permanece en muerte.”

Por cierto entonces, son muchísimos los huesos secos, y son muchísimas las almas muertas.

Son secos en gran manera. -Los huesos secos son los más alejados de la posibilidad de vivir. Vemos tres cosas: (1) Ellos están sin carne ni hermosura. (2) Ellos están sin espíritu. (3) Ellos están sin actividad o poder de movimiento. Y, ¿no es exactamente esto una foto de las pobres almas inconversas – qué son secas en gran manera?

- (1) Están sin hermosura. -Ellos no ven hermosura en Cristo, y Cristo no ve hermosura en ellos; sus almas son de feo aspecto. Cierto, el hombre fue hecho en la perfección de hermosura en el principio, porque fue hecho en la imagen de Aquél quien es perfección de hermosura. Pero un alma caída e inconversa no tiene ninguna hermosura; es como

un bonito edificio ahora arruinado, como una estatua hermosa ahora desfigurada, como un cuerpo hermoso ahora muerto y corrompiéndose en la tumba.

- (2) Están sin espíritu. -El hombre fue creado para ser una habitación del Espíritu de Dios; y es solamente cuando somos guiados por el Espíritu de Dios que estamos vivos para Dios. Pero el alma inconversa es *sensual, no teniendo al Espíritu*. En Juan 14:17 la Biblia dice que

“el mundo no puede recibir el Espíritu, porque no lo ve, ni lo conoce.”

Estas almas no tienen la obra del Espíritu en sus corazones, no obra de despertarlas, no convicción de pecado y justicia, no obra de santificación, no sellar del alma, no andar en el Espíritu, no amor en el Espíritu, y no oración en el Espíritu Santo.

- (3) Están sin actividad o poder de movimiento. Si les predicamos la Palabra del Señor a ellos, no tienen el corazón atento a lo que se predica -huesos secos no tienen oídos para oír. Si les informamos de la ira venidera de Dios sobre ellos, no son movidos a huir - huesos secos no pueden correr. Si les predicamos de la hermosura y el amor del Señor Jesús, como Él se ofrece a ellos para ser su completo Salvador, no lo abrazan -porque los huesos secos no pueden extender sus brazos. ¡Estos huesos son secos de gran manera!

Queridos amigos, oyentes que tienen tal alma aún, ¿no es posible hacerlos ansiosos de sus almas? ¿De verdad pueden sentarse una hora, escuchar cuán muertos y secos son, y todavía salir de aquí y olvidarse de todo? ¿Pueden soportar este hecho que tu corazón es una piedra muerta, que es tan frío y malvado que no puede ver la hermosura del amado Salvador? Oh, mi querido amigo, si sales de aquí sin conmoverte en tu corazón entonces tú mismo eres la única evidencia necesaria para probar este hecho -*de que las almas inconversas son muchísimas, y que por cierto son secas en gran manera.*

Nuestra segunda lección. La predicación es el instrumento de Dios para despertar a los inconversos. **Primeramente, cantamos.** Salterio 221:1-3.

Cuando un hombre escudriña su Biblia va a llegar a un cierto tema que parece como una contradicción y por lo tanto se puede confundir. En Juan 6:44 el Señor Jesús les dijo a los judíos lo siguiente:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.”

Y, sin embargo, ¡a lo largo de la Biblia vemos la invitación y exhortación de venir a Jesús!

Otra vez, leemos en 1 Corintios 2:14

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”

Y, desde el púlpito, ¿Qué les instamos a hacer sino recibir las cosas del Espíritu de Dios?

Otra vez, leemos de Lidia en Filipos que el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a la predicación de Pablo -nos deja claro que no podemos estar atentos a estas cosas, y, sin embargo, nosotros hacemos nada más que llamar su atención sobre estas cosas.

Por naturaleza sus corazones son más duros que piedras, y aún mostrarles si fuera posible las verdades del infierno, no los haría huir de ahí; a pesar de eso, *conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres.*

¡Qué masa de contradicción se ve aquí!; y, sin embargo, ¡qué fácil se resuelve! Estos huesos eran muertos, secos, sin espíritu, sin vida, sin carne, sin oídos para oír, y todavía el Señor le mandó a Ezequiel

“Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová.”

Y mientras el profeta profetizaba, *“he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos.”*

Así, mi amigo inconverso, tu alma es como estos huesos secos -muerte, seca, sin espíritu, sin vida, sin oídos para oír, sin un corazón atento a las cosas predicadas aquí. Tienes un corazón tan duro que no puedo con palabras convencerte huir de la ira venidera. Tu corazón es tan malvado que no puedo persuadirte recibir y abrazar el Salvador que hoy te suplica.

Sin embargo, es la locura de la predicación que le agrada a Dios usar para salvar a aquellos que creen; y aunque nuestras palabras no tienen poder, aun así Dios puede obrar todopoderosamente a través de ellas; y hoy este es Su mensaje para ti: *“Huesos secos, oíd palabra de Jehová.”*

Les ruego encarecidamente a aquellos de ustedes que se preocupan poco por la predicación de la Palabra, que presten atención a esto. Pueden decir, y correctamente, que la predicación parece un instrumento débil para tal obra, que es una locura, que no es necesaria para ti. Pero Dios es el quien lo llama *“la locura de la predicación.”* Pueden decir que los hombres que les

predican son nada más que vasos de barro, y cierto, es verdad, pero Dios los llamó a estar ante ustedes.

Estas cosas pueden decir, pero no pueden decir que no es la manera en que Dios salva a las almas; y es en riesgo de sus propias almas si lo menosprecian. Quédense lejos de la iglesia y por lo tanto de la predicación, mantengan cerradas sus Biblias, y apartarán de ustedes los únicos instrumentos por los cuales Dios quiere alcanzar vuestras almas moribundas.

Nuestra tercera lección. Es necesario añadir la oración a la predicación, o en vano es la predicación.

Los efectos de la predicación de Ezequiel a los huesos secos eran notables. Los huesos se juntaron, hueso con su hueso; otra vez la carne y los tendones estaban sobre ellos, la piel los cubría. Pero todavía no había aliento en ellos, seguían tan muertos como siempre.

Y congregación, cuantas similitudes vemos con la predicación de la Palabra. Cuantas veces el pueblo se reforma el exterior bajo la predicación de la Palabra. En vez de no observar el día del Señor, empiezan a observarlo; en vez de tomar alcohol excesivamente y vivir descuidadamente, empiezan a dejar de hacer fiesta; tantas veces una apariencia de la piedad, pero nada de su poder. Podemos decir: los huesos, los tendones, la carne y la piel de piedad, pero no su aliento vivo, nada del espíritu vivo de la piedad.

Congregación, ¿no es así dentro del cristianismo también hoy día? Tantas personas que confiesan ser cristianos, que conocen la Biblia en la cabeza, pero ¿dónde se encuentra el humilde corazón que tiembla a su Palabra y que ama al Salvador? Mucha discusión en cuanto a doctrina, pero ¿Dónde la fe simple en el Señor Jesús y el amor por todos los santos? ¿No debería el Señor decir también de nosotros: “huesos, carne, piel veo, pero donde está el aliento en ellos”?

Entonces, hermanos, nos conviene también escuchar y prestar atención al segundo mandato al profeta en el versículo 9 y 10:

“Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo.”

Aprendemos dos lecciones de esto:

Primero, amigos aún inconversos: cuan muertos son tus corazones. Toda la predicación en el mundo no puede poner vida en ellos. Podemos levantar el martillo más pesado y dejar que se estrelle contra tu corazón, y aun así no se romperá. Podemos advertirles con los mejores argumentos, y no podemos convencerles.

Por lo tanto, debemos levantar nuestra voz, y profetizar también al Espíritu; debe descender el Todopoderoso Espíritu antes de poder tocar su corazón. Intentamos convencerles de pecado e incredulidad; mostramos de la Santa Ley de Dios la gravedad del pecado, y declararles desde Gálatas 3:10 la maldición de cada uno que aún no está bajo la gracia de Cristo:

“Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”

Mostramos desde Juan 3:36 la realidad de su estado si están aún afuera de Jesús por fe:

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.”

Explicamos como esta maldición de Dios por el pecado aplastó a nuestro Salvador, que no podrán soportarla, que los aplastará hasta lo profundo del infierno. Están algo impresionados por el mensaje, y esperamos que toque a sus corazones, pero sus impresiones son como impresiones en la arena cuando baja la marea – y la siguiente marea del mundo lo borra todo.

Hablamos del amor del Salvador, como excede a todo conocimiento; como hay en ese pecho un mar de amor que no podemos medir -amor por pecadores perdidos como ustedes. Cómo el vino en este amor a obedecer la Ley de su Padre en lugar de pecadores, y morir en lugar de pecadores, llevando esa maldición sobre sí. Les instamos que crean en Él y serán salvos -están afectados, salen de aquí tal vez con lágrimas -¡pero es como el rocío que rápidamente desaparece de nuevo!

Ah queridos oyentes, cuan duros son nuestros corazones. Como el profeta Isaías debemos volver al Señor quejándonos, “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”

En todo otro asunto es posible convencerles con argumentos -si fuera enfermo sus cuerpos, sería fácil convencerles ir al médico o hospital. Si hubiera alguna oportunidad de abrir negocio, y los mostraríamos, todos lo harían. ¡Pero demostramos que somos herederos en alma y cuerpo de un infierno eterno y nadie se despierta!

Aún si pudiéramos mostrarles el Señor Jesucristo mismo -el Salvador en todo su sufrimiento, derramando su sangre, invitando a la gente que viniese a Él -nuestro corazón malvado no lo

abrazaríamos. Necesitamos que Él quien hizo nuestro corazón, lo quebrante y conforma. ¿No les conviene entonces salir de aquí, golpeándose el pecho, clamando “Dios, sé propicio a mí, pecador”?

Segundo, hermanos creyentes, aprendan la necesidad que tienen de orar. Si vamos a Ezequiel 36 (capítulo anterior), el versículo 26-27 el Señor promete dar un nuevo corazón y espíritu a su pueblo Israel:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”

Pero añade en el versículo 37 lo siguiente:

“Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto”.

Y cuando Dios en Salmo 2:8 promete dar a Cristo las naciones por herencia, lo solamente promete en respuesta a la oración:

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra.”

Y así mis hermanos también aquí. Dios desea dar vida a estos cadáveres muertos postrados en el valle abierto, y su Palabra al profeta es: *“Profetiza al Espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al Espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.”*

¡Oh, hermanos creyentes! ¡Cuán fuerte instrumento el Señor ha puesto en sus manos! ¡La oración mueve a Aquel que mueve el universo! Hombres de fe y oración -hombres como Israel quienes luchan con Dios y vencen -hombres justos cuyas oraciones pueden hacer mucho - pueden ser pocos en este mundo, pero se les insta aquí a seguir luchando en oración sin darle descanso al Señor. ¡Oren que el Espíritu Santo sople sobre estos muertos, para que vivan!

Y ustedes, cristianos egoístas, si tal contradicción puede existir -pero ustedes que se acercan al trono de la gracia solamente por ustedes mismos -cuyas peticiones son siempre solamente por su propio gozo y paz, ¡Id, pues, y aprended lo que significa: “Más bienaventurado es dar que recibir.” Filipenses 2:5-8

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”...

Amen.